

A SANGRE Y FUEGO

Henryk Sienkiewicz



En 1647 la República Polaco-Lituana controla Europa Oriental, unos enormes territorios que comprenden casi un millón de kilómetros cuadrados, pero en un año todo cambiará. Los primeros problemas surgirán en los míticos Campos Salvajes, la inmensa estepa que se extiende hasta la península de Crimea, cuando el astuto y valeroso atamán cosaco Diodado Zenobio Mielniski subleve a los jinetes cosacos en contra del poder de la nobleza polaca.

Los campesinos ucranianos rebeldes se unen al ejército cosaco, y éstos se alían con los eternos enemigos de Polonia; las terroríficas hordas tártaras musulmanas del este. Las brasas de los viejos resentimientos inflamarán una brutal avalancha de pillajes y asesinatos dispuesta a tomar el corazón del reino, Varsovia.

En medio de este épico conflicto, Juan Kretuski, comandante de los caballeros del príncipe polaco Jeremías, se enamora de la bella Elena, y al poco tiempo su amada es secuestrada por los cosacos. Así, las próximas batallas no se librarán sólo por la supervivencia de Polonia; el intento de rescate de Elena se entremezclará con los dramáticos acontecimientos históricos.

A sangre y fuego, a través de unos personajes que son al mismo tiempo más grandes que la vida y conmovedoramente humanos, aúna las grandes pasiones, la intriga y una acción vertiginosa con una amplia visión histórica sobre uno de los momentos decisivos en el proceso de configuración política de Rusia, Polonia, Lituania y Ucrania.

A sangre y fuego, junto con *El diluvio* y *Un héroe polaco*, constituyen la Trilogía polaca de Henryk Sienkiewicz; una moderna epopeya considerada uno de los grandes relatos épicos de todos los tiempos.

Introducción

Un historiador polaco del siglo XIX, Joachim Lelewel, escribió una obra peculiar de análisis histórico comparativo titulada *El paralelo entre la historia de España y Polonia en los siglos XVI, XVII y XVIII*. En ella compara la historia de Polonia y la de España y, como el título indica, llega a la conclusión de que hay un número sorprendente de analogías. Una de ellas es el hecho de que ambos países se erigen en la edad media y hasta los principios de la era moderna en lo que se llegó a denominar *antemurale christianitatis*, una suerte de baluarte de la cristiandad o, valga decirlo, de la civilización occidental, términos que por aquella época tenían un significado casi sinónimo. En esos tiempos, mientras España está completando su larga reconquista arrancando sus últimos territorios a los musulmanes, en 1444 el rey polaco Ladislao III lleva a sus tropas a la cruzada contra los turcos en Varna (Bulgaria), donde morirá como un verdadero caballero cristiano medieval, herido en pleno campo de batalla.

Las cosas cambian en el siglo XVI —denominado *siglo de oro* por la historiografía polaca (otra analogía con España)—, época de mayor esplendor político, cultural y económico del país: mientras España inflige una dura derrota a la flota turca en Lepanto, Polonia, aliada en lo político y lo militar con Lituania (la República de Ambas Naciones), prefiere evitar enfrentamientos directos con el poderoso imperio otomano, ya que ve más urgente saldar las cuentas con el

contrincante moscovita. Mientras tanto, los reyes polacos de la dinastía Jagellón, la más poderosa en toda la historia de Polonia, establecen en el país la tolerancia religiosa, que concede protección y derechos no solamente a los judíos, que ya gozaban de protección legal desde los tiempos de Casimiro el Grande (siglo XIV), sino también a los disidentes cristianos calvinistas, luteranos y ortodoxos. Es un siglo de relativa paz, en el que se denomina a Polonia *el país sin hogueras*, donde se refugian muchos fugitivos de todos los bandos de las numerosas guerras religiosas que azotan el occidente europeo.

No obstante, este relativo equilibrio se rompe en el siglo XVII, uno de los más dramáticos en la historia de Polonia. En ese siglo casi podrían contarse con sólo los dedos de una mano los años de paz en el país, que se encuentra continuamente enzarzado en una batalla u otra en defensa de su vasto —tal vez demasiado para sus posibilidades militares— territorio; los escasos pero excelentes jinetes polacos luchan intermitentemente contra todos sus vecinos —suecos, moscovitas, tártaros, turcos, prusianos, brandenbúrgueses— y, al final, contra los nuevos enemigos que acaban de surgir: los cosacos.

Y es en este siglo precisamente en el que Sienkiewicz ubica la trama de su trilogía, cuya primera parte es *A sangre y fuego*. Antes de empezar la lectura de este texto conviene que el lector español haga el esfuerzo mental de trasladarse con su imaginación a aquellos enormes territorios que comprendía el estado polaco-lituano de la época: casi un millón de kilómetros cuadrados (el doble que la España de hoy) con apenas diez millones de habitantes, además concentrados mayoritariamente en las ciudades del oeste, como Cracovia, Varsovia, Vilna o Lwow; así, la mayor parte del territorio, y particularmente la franja oriental, estaba compuesta por enormes llanuras, solamente cortadas por gigantescos ríos como el Dnieper o el Dniester y escasamente habitadas —hecha la salvedad de la ciudad de Kiev,

capital de las provincias del este—, denominadas entonces con la palabra genérica *ucrania*, que sólo mucho después se convertiría en el nombre de un país y una nación nueva, y que por aquel entonces no significaba más que «las tierras de la frontera». Si todo el país resultaba sumamente exótico —por no decir salvaje—, para colmo la mayor parte de la trama de *A sangre y fuego* se desarrolla en el rincón más lejano e inhóspito de todo el estado: en los míticos Campos Salvajes, es decir en la enorme estepa casi totalmente deshabitada —azotada por un sol infernal en verano y helada bajo varios metros de nieve en invierno— que se extendía entre la península de Crimea, dominio de los tártaros, y la mencionada provincia de Kiev, al oeste; dicho brevemente, un verdadero fin del mundo civilizado, una suerte de *lejano este*, refugio de forajidos y bandoleros de todos los países colindantes, donde la mano de la ley jamás podría alcanzarlos, por la simple razón de que era físicamente imposible. En el límite de los Campos Salvajes, en el curso bajo del río Dnieper, es donde van creciendo durante la segunda mitad del siglo XVI y a principios del XVII los asentamientos de los cosacos, precursores de los ucranianos contemporáneos, reclutados básicamente de entre los campesinos autóctonos (rutenos) rebeldes en contra de los señores polacos y lituanos que querían reducirlos a la servidumbre sin tener en cuenta su espíritu de libertad. Y es que, como dice el narrador de la novela, ellos «respiraban la libertad con el viento de la ilimitada estepa» y no estaban dispuestos a resignarse a la lamentable suerte de los campesinos-siervos de las otras regiones de Polonia. De ahí que, liderados por algunos nobles rutenos, se levanten en armas repetidamente contra sus amos, si bien todos sus intentos fracasan al chocar con la invencible caballería polaca, sobre todo con los intrépidos coraceros. Esta situación se mantiene hasta que surge un nuevo caudillo de los cosacos, el comandante Diosdado Zenobio Mielniski, quien, según el narrador, «sabía reunir la fuerza de un león con la

astucia de una serpiente». Mielniski, al ver que a solas no podrá enfrentarse con los polacos, decide establecer una alianza con los eternos enemigos de Polonia: los tártaros, pertenecientes a unas salvajes y primitivas tribus mongólicas que, tras las conquistas de Gengis-Khan y Batu-Khan efectuadas en el siglo XIII, se asentaron en la costa norte del Mar Negro, especialmente en la península de Crimea, y cuya fuente principal de ingresos fue el saqueo y la venta de los esclavos que robaban en las ciudades de Rusia, Polonia y Lituania para venderlos en Turquía, Persia y otros países de Oriente.

La alianza de la excelente infantería cosaca con la veloz caballería tártara sorprende a los polacos precisamente en un momento en que acaba de morir el rey y no se ha elegido aún su sucesor, situación que hunde el país en el caos de las luchas internas entre diferentes facciones. Una serie de derrotas espectaculares, desconocidas hasta entonces en la historia de Polonia, lleva al estado polaco-lituano al borde de la catástrofe y Mielniski, a la cabeza de un ejército de 200 000 tártaros, cosacos y campesinos rebeldes, amenaza con conquistar Varsovia. Además, con una crueldad insólita, lleva a cabo el exterminio de la población polaca y judía que encuentra a su paso. Sin embargo, es entonces, frente al peligro inminente, cuando empieza a despertar el espíritu patriótico de los aletargados nobles polacos y un magro ejército de caballeros liderado por el flamante príncipe Jeremías Visnovieski, como una suerte de cruzados contra la «barbarie oriental», se hace fuerte en el campamento militar de Zbaraj, perdido en medio de la estepa: ¡diez mil contra medio millón! (los números de Sienkiewicz suelen hiperbolizar el acento épico de los acontecimientos: según los historiadores, fueron más bien diez mil contra cien mil, cifras que de todos modos no dejan de impresionar). Ésta es la famosa gesta de la defensa de Zbaraj, cuyo relato, una descripción homérica por excelencia —eso sí, basada en buena medida en las crónicas de la época, a las

cuales Sienkiewicz procura ser bastante fiel—, ha convertido esa sangrienta batalla de varios meses de duración en uno de los principales mitos nacionales de Polonia.

Adelantemos que en los siguientes tomos de la trilogía el autor volverá a evocar las grandes gestas de los caballeros polacos enfrentados en situación de inferioridad numérica para defender su patria: en el segundo libro de la serie —*El diluvio*— la heroica defensa del monasterio de Jasna Gora en Czestochowa, contra las tropas luteranas del invasor sueco, constituye el momento central de la trama histórica, y la del tercer volumen —*Un héroe polaco*— se centra en la defensa de la fortaleza de Kamieniec contra la invasión turca. Así pues, el contexto histórico principal de estas tres novelas es precisamente el esfuerzo máximo de todas las fuerzas vitales de un país debilitado para salvar *in extremis* su amenazada existencia.

Sin embargo, como sucede en cualquier novela histórica, con el telón de fondo de estos acontecimientos de gran importancia se desarrollan las «pequeñas historias», aunque no menos dramáticas, de los protagonistas de la trama ficticia del relato. El primero de ellos es el caballero Juan Kretuski, un modelo de soldado impecable cuyo lema es «patriotismo, fe y honor». Kretuski mantiene un duelo permanente por la mano de la bella dama Elena contra su feroz rival Bohun, uno de los atamanes (caudillos) del ejército cosaco. Entre los compañeros y amigos de Kretuski destaca la emblemática figura de Zagloba, un noble polaco viejo y corpulento, jovial, jocosos, glotón y siempre acompañado de una copa de aguardiente; su tendencia permanente a la megalomanía junto con su buen corazón, la devoción por los amigos y un sincero amor por su patria constituyen el modelo del verdadero *sármata*, el hidalgo polaco de la época barroca que usa el latín como señal de identidad cultural y se caracteriza por su inquebrantable catolicismo y su convicción absoluta de la misión de Polonia y, en especial, de su casta de hidalgos polacos, elegidos como defensores

del mundo occidental cristiano. Este personaje encarna el gran sentido del humor de Sienkiewicz, quien, por lo demás, combina su auténtico patriotismo y su reivindicación de la independencia para su país —recordemos que al escribir la trilogía, en los años ochenta del siglo XIX, Polonia no existe como estado ya que lleva cien años bajo la ocupación de los tres imperios colindantes: Rusia, Prusia y Austrohungria— con una reflexión crítica e irónica acerca del egoísmo, la anarquía y la miopía política de la aristocracia polaca del siglo XVII. Pero, volviendo al personaje de Zagloba y a los numerosos episodios cómicos vinculados con él, parece ser que éstos sirven también para suavizar el tono dramático general del relato de esta guerra tan cruenta y trágica para los habitantes de la República.

En conclusión, la editorial Ciudadela Libros pone en manos del lector uno de los mayores superventas de toda la historia de la literatura polaca, una novela en la que cada uno puede encontrar algo atractivo: grandes pasiones, como el amor y el odio, para los amantes de la novela romántica; una intriga compleja y una acción vertiginosa llena de duelos a muerte y de actos de sacrificio en nombre de la amistad, típicas de la novela de capa y espada; y, finalmente, para los aficionados a la historia, una gran cantidad de datos sobre uno de los momentos decisivos del proceso de configuración política de los principales actores de esa zona, como Rusia, Polonia, Lituania o Ucrania. Desde el punto de vista de la crítica literaria de Polonia, se suele considerar la trilogía de Sienkiewicz la epopeya nacional polaca. Pero desde la perspectiva de un lector occidental quizás podría hablarse de una epopeya de la Europa del Este en transición hacia la época moderna. Y éste es, sin duda, uno de sus principales atractivos.

MARCIN KAZMIERCZAK

Profesor de Literatura de la Universidad Abat Oliba CEU,

A sangre y fuego

Henryk Sienkiewicz

de Barcelona

Primera parte

I

El año 1647 fue fecundo en malos presagios. Cuentan las crónicas que nubes de langostas cayeron sobre los Campos Salvajes y arrasaron todas las mieses. Tal plaga fue seguida de un eclipse solar y de la aparición de un cometa caudal. En Varsovia los habitantes creyeron ver en las nubes una cruz ígnea y un sepulcro; hicieron penitencias y ayunos, se prodigaron las limosnas y aun algunos presagiaron una epidemia exterminadora.

El invierno fue en extremo benigno; en los palatinados del sur se habían desbordado los ríos, al aumentar su caudal el deshielo prematuro; las lluvias torrenciales habían convertido las estepas en un pantano inmenso, y a mediados de diciembre las llanuras se cubrieron de vegetación, las abejas zumbaban alrededor de las colmenas y los carneros, balando, iban a los pastos.

Nada de esto parecía natural; todos esperaban, y especialmente los habitantes de las provincias de Ucrania, un acontecimiento extraordinario, y miraban temblorosos hacia los Campos Salvajes, de donde suponían había de venir el peligro. Las últimas huellas de civilización se pierden no lejos de Cherín, a orillas del Dnieper y de Oman, centinela avanzado que defendía el Dniester. Encerrados por estos dos ríos como por brazos inmensos, los Campos Salvajes se extendían hasta los límites del horizonte y del mar. Pertenece esta comarca nominalmente a la República, la cual consintió en que los tártaros apacentaran en ella sus ganados.

Entre altas hierbas de la estepa, se cazaba al hombre como se caza al lobo; no se entraba allí sino como en un refugio. El caballero buscaba aventuras; el ladrón, botín; el cosaco, al tártaro; el tártaro, al cosaco, y el pastor no se aventuraba por ellas para apacentar su rebaño, sino armado hasta los dientes para defenderse contra los bandidos. Cuando el viajero perdido en aquellas soledades oía el aleatear de las aves de rapiña, revoloteando por el aire en inmensas bandadas, pensaba que en aquellos parajes había cadáveres insepultos. La estepa, en suma, estaba a un tiempo desierta y poblada, muda y amenazadora, tranquila y llena de emboscadas, salvaje completamente, no sólo por la aspereza del suelo, sino también por los seres humanos que se refugiaban en ella. A veces se convertía en campo de batalla: hordas tártaras, regimientos cosacos, compañías de polacos y valacos corrían en todas direcciones. Por la noche el relincho de los caballos respondía como un eco a los aullidos de los lobos, y el redoblar de los tambores y el estridor de las trompetas resonaban hasta el lago de Ovide y de allí hasta el mar. Pero, durante el invierno de 1647, las estepas permanecieron silenciosas; desde el nacimiento hasta la desembocadura del Olmenitket, afluente del Dnieper, no se veía alma viviente ni se percibía el más leve movimiento entre las altas y sombrías hierbas.

Desapareció en el horizonte el encendido disco solar, y la noche, propicia a la aparición de fantasmas, de vampiros y de espectros, envolvió en su negro manto una colina situada a orillas del Olmenitket, sobre cuya cima quedaban las ruinas de un castillo. En ese promontorio permanecía, inmóvil, un caballero.

Al pie de la colina aparecieron dos o tres figuras, que subieron con precaución y con paso cauteloso hacia donde estaba el caballero. A veces, soplaban ciertas ráfagas que venían del Dnieper, doblando la hierba seca, que gemía lastimosamente. Por fin, las dos figuras desaparecieron entre las sombras de las ruinas. A la pálida luz de la luna tan

sólo se veía la silueta del caballero que estaba en lo alto de la colina.

Un ligero ruido llamó de repente su atención, por lo cual, avanzando hasta el límite de la explanada, hundió su mirada en la oscuridad, cada vez más densa. Cesó de repente el viento, y se oyeron un silbido agudo y gritos furiosos.

—¡Alá! ¡Alá! ¡Jesucristo! ¡Sálvese quien pueda! ¡Dale! ¡Mátalo!

Resonó una descarga de arcabuces. Un grupo de jinetes surgió de entre las tinieblas, cual si lo vomitara la tierra, y se lanzó como un turbión al desierto mudo y siniestro. Al tremendo fragor contestaron gemidos humanos. Luego, todo quedó silencioso; el drama había terminado; uno de esos dramas horrorosos que con tanta frecuencia se desarrollaban en los Campos Salvajes.

Los jinetes ganaron la cima de la colina, y algunos de ellos desmontaron y se pusieron a buscar por el suelo. De repente, una voz fuerte e imperiosa gritó en las tinieblas:

—¡Encended fuego!

En un instante una nube de chispas se convirtió en llama, se clavaron las antorchas y la vívida luz iluminó a un grupo de hombres inclinados sobre un cuerpo que yacía inmóvil.

Eran soldados que llevaban los colores del rey: rojos uniformes y gorra de piel de lobo. Uno de ellos, montado sobre un magnífico potro y que era, evidentemente, el jefe, echó pie a tierra, se acercó al caído y preguntó:

—¿Está vivo o muerto, sargento?

—Todavía vive, teniente; pero me parece que agoniza —contestó el interpelado.

—¿Quién es?

—No es un tártaro, seguramente, sino un personaje de importancia.

—¡Me alegro! —exclamó el otro; y mirando al herido, añadió—: Parece un coronel.

—¡Qué hermoso caballo! —dijo el sargento—. ¡Ni el mismo kan tiene otro igual!

En efecto, dos soldados tenían de la brida a un magnífico corcel que, con las orejas enhiestas, los ollares dilatados y la mirada triste, volvía la cabeza hacia el cuerpo inerte de su amo.

—¿El caballo será nuestro, teniente? —preguntó el sargento.

—¡Alma de perro! ¿Quieres quitar a un cristiano su caballo en la estepa?

—Yo creía que era un buen botín.

Interrumpió el diálogo un gemido del herido.

—Dale un poco de aguardiente y aflójale el cinturón.

—¿Pasaremos aquí la noche?

—Sí; desensillad los caballos y encended una buena hoguera.

Los soldados se agruparon y empezaron a friccionar al herido, para hacerle volver en sí, mientras otros extendían en el suelo pieles de oso y de camello y algunos iban a buscar hojarasca para la lumbre. El teniente, sin cuidarse del desconocido, que se quejaba, se soltó el cinturón y se tendió sobre su capa cerca del fuego.

Era un guapo mozo, enjuto de carnes, de pelo negro, nariz aguileña y mirada enérgica. El poblado bigote y la barba, que no se había cortado hacía mucho tiempo, le daban una seriedad impropia de sus años.

Los siervos preparaban la cena: mientras algunos hombres desollaban una cabra silvestre, otros degollaban un carnero o desplumaban las aves abatidas durante el día. Crepitaba la llama esparciendo en derredor un gran círculo de luz. Empezaba el herido a volver en sí. Al principio miró a los desconocidos que le rodeaban y luego trató de levantarse. El sargento le incorporó y un soldado le puso entre las manos una pica, en la cual se apoyó con fuerza. Tenía aún congestionado el rostro e hinchadas las venas.

—¡Agua! —exclamó con voz sorda.

Le dieron enseguida aguardiente, y él, bebiendo con avidez, pareció reconfortarse. Luego, separando los labios de la bota, preguntó con voz más clara:

—¿En qué manos he caído?

—En manos de vuestros salvadores —le contestó el teniente.

—¿No me echasteis vosotros el lazo?

—Nosotros sólo nos servimos de la espada. Vuestra pregunta nos ofende.

Fuisteis atacado por una cuadrilla de ladrones y, si queréis contemplarlos, vedlos ahí, como otros tantos carneros degollados.

Y diciendo esto, el teniente señalaba cierto número de cadáveres tendidos al pie de la altura.

—En tal caso —dijo el desconocido— dejad que descanse un poco —le llevaron una silla de montar, en la cual se sentó silencioso y pensativo.

Era un hombre en el vigor de la juventud, de mediana estatura, de anchos hombros, enérgicas facciones y robustos miembros. Tenía una cabeza enorme, el rostro bronceado, negrísimos y un poco oblicuos los ojos, como los de los tártaros. Los bigotes caían a un lado y otro de la boca, largos y poblados; su aspecto era a la vez atrayente y repulsivo, revelaba valor y orgullo: la bondad más franca al lado de una ferocidad sin límites.

Después de haber descansado un rato se levantó y, sin dar las gracias, como todos esperaban, se fue a contemplar los cadáveres.

—¡Qué grosero! —murmuró el teniente.

El desconocido examinaba atentamente el rostro de los muertos y movía la cabeza como el que no se ha engañado. Luego, con pasos lentos, volvió junto al teniente, tendándose en busca del cinturón.

Al joven se le subió la sangre a la cabeza al ver la calma de un hombre a quien momentos antes acababa de salvar la vida.